

tinta de otra de mayor importancia, á saber: si el cuadro que resulta de los apuntes de Jenofonte, responde perfectamente y bajo todos aspectos, á la verdad histórica. Que el propósito del autor fué presentar un retrato lo más fiel posible de su maestro, no puede en manera alguna ponerse en tela de juicio, pues de ello responde el amor que sin duda profesaba á Sócrates, y que él mismo declara en otro de sus escritos ¹⁾. Pero es cuestión distinta, la de si para Jenofonte el querer y el poder eran una misma cosa. Si las dotes filosóficas relativamente escasas del autor excluyen desde luego toda hipótesis de que estuviera en condiciones de completar ó exponer con más claridad y mejor lo que oyese á Sócrates, autoriza en cambio la duda de si en su obra se ajustó perfectamente y bajo todos conceptos á las ideas y opiniones emitidas por el maestro. A este propósito débese recordar además lo que ya antes hemos notado, á saber: que entró menos en sus miras el propósito de exponer el valor y sentido propiamente filosóficos de las doctrinas de Sócrates, que el deseo de defender á un hombre cuya condena era tanto más injusta ²⁾ cuanto que eran de todo punto infundadas las acusaciones contra él dirigidas.

Mas apenas puede sostenerse en justicia que Jenofonte realizara esta tarea de una manera completamente satisfactoria; pues si cada uno de los rasgos del retrato por él bosquejado responde á la realidad, falta en cambio al conjunto aquella verdad sublime que vemos brillar en el Sócrates que pinta Platon. Y no hay que atribuir este fenómeno sólo á la diferencia palmaria entre las dotes que adornaban á Jenofonte y las que poseía Platon, sino que el verdadero motivo es mucho más profundo, á saber: que sólo Platon alcanzó á penetrar en el interior de Sócrates, mientras que la pintura que de este último hace Jenofonte, como nunca pasa de la superficie, no puede dar á conocer la serie de cualidades y preeminencias en que descansaba la gran significación de Sócrates y la influencia por él ejercida.

El *Banquete* (συμπόσιον) se diferencia en primer término de las

supuesto zapatero Simon. Indudablemente debe mirarse este vocablo como puramente retórico; de la misma suerte es también mera ficción lo que en el *Teateto*, p. 143, a, se dice de Euclides.

¹⁾ *Anabasis*, 3, 1, 4 y s.

²⁾ Véase especialmente 1, 1, 20.

Memorias socráticas, por su estructura mucho más artística, sin que por ello el tono que en aquella producción impera deje de ser el más sencillo posible. El conjunto, sin embargo, tiene todo el carácter de un pequeño drama. La acción es tan agradable como animada. Calias, á menudo citado en el número de los socráticos y famoso por sus riquezas, prepara un banquete en su propia casa con ocasión de las fiestas Panateneas, mas en realidad para celebrar el triunfo obtenido en el Pancrancio por su favorito Autolico, é invita á Sócrates, á quien encuentra al paso, y á algunos de sus camaradas, entre los cuales eran los más conocidos Antístenes y Cármides. A poco de comenzar la comida se presenta de improviso el bufon Filipo, siracusano vagabundo, acompañado de dos muchachas diestras en el baile y en la música, y un mancebo de maravillosa hermosura. Aunque sus ejercicios absorben por el pronto la atención de los comensales, no tarda en entablarse una conversación general provocada por Sócrates. Invitados por él, cada uno de los presentes señala aquello á que concede mayor valor y estimación; y cuando todos han hablado toma Sócrates la palabra. Su discurso, que es entre todos el más importante, describe á maravilla el arte que él se gloriaba de poseer y que no consistía en otra cosa que en saber inspirar amor. El verdadero asunto de este trabajo lo constituyen las dos disertaciones de Sócrates sobre la esencia del amor, en las cuales establece la conveniente diferencia entre el amor vulgar y sensual y el amor espiritual y puro. La obra termina con la descripción de una danza mímica que representa el encuentro de Diónysos y Ariadna.

Los numerosos puntos de contacto que esta obra ofrece con una de las mejores creaciones de Platon, no sólo en la forma sino también en el asunto y aun en determinados pormenores, dieron margen ya en la antigüedad á que se hicieran todo género de ensayos para explicar satisfactoriamente estas semejanzas y analogías. Es error manifiesto el que ha conducido á suponer la existencia de una gran rivalidad entre Platon y Jenofonte, y á dar por sentado que el primero se propuso hacer una crítica más ó menos maliciosa de la obra de este último ¹⁾. El hecho de que en reali-

¹⁾ Véase sobre este particular á Ateneo, 11, p. 504, e, y el tratado de Böckh, *De similitate quae inter Platonem et Xenophontem intercessisse fertur*, Berlin, 1811, reimpresso en el tomo IV de los *Kleine Schriften*.

dad la solución más verosímil y fundada que puede darse al problema de cuál de las dos obras fué la más antigua, es indudablemente afirmar que el *Banquete* de Jenofonte fué el primero en salir á luz, no demuestra en manera alguna la exactitud de los cargos que se hacen á Platon. Aun concediendo por otra parte que tomó de Jenofonte la forma que éste dió á su trabajo y que se apropió toda una serie de resortes empleados ya por su predecesor, en definitiva no habría hecho otra cosa que lo que en la antigüedad pasaba por cosa llana y corriente. Sin embargo, el número de estas analogías es insignificante, en comparación con lo que Platon puso de su propia inventiva. La fuerza creadora de que este último hizo gala en su *Banquete*, basta por sí sola para excluir de antemano la posibilidad de que Jenofonte intentara siquiera rivalizar con semejante predecesor. Sin embargo, si admitimos que su obra fué la primera, no puede negarse que ofrece no escaso número de relevantes cualidades. Como las *Memorias de Sócrates*, no carece este trabajo de gran altura de pensamiento, y sobre todo de índole verdaderamente dramática. Por lo que hace á los caracteres, están delineados con gran delicadeza: no sólo la figura de Antístenes nos inspira interés profundo, sino que el humor chistoso de Sócrates aparece felizmente retratado, y el joven Autolico es un carácter tan delicado como agradable.

Por lo que respecta á los repetidos intentos de negar á Jenofonte la paternidad del *Banquete*, puede decirse que ninguno de ellos encontró eco ni logró resultado alguno ¹⁾. Sobre si, como se ha sostenido con frecuencia y acaso también entre los antiguos, esta obra formó primitivamente parte de las *Memorias de Sócrates*, tendremos ocasión de decir lo que sea del caso cuando conozcamos á fondo la producción de que al punto vamos á hablar.

La forma del *Económico* (*Οἰκονομικός*) es también la dialogada. Sin embargo, por razones fáciles de comprender, Sócrates en esta obra no expone teoría alguna propia, pues en realidad habría sido muy difícil poner en labios de un hombre que á pesar de to-

¹⁾ En la obra *De Minervae Poliadis sacris*, p. 17, O. Müller había emitido la opinión de que el *Banquete* era obra de un sofista. Posteriormente ha retirado esta hipótesis. De los trabajos modernos encaminados á demostrar que esta obra es apócrifa, bastará con citar los de Steinhart, *Leben Platons*, p. 301, nota 1; Krohn, *Sokrates und Xenophon*, p. 98, y Herchner, *De Symposio quod fertur Xenophontis*, Halle, 1875, ninguno de los cuales ha conseguido por completo el fin á que iba enderezado.

das las eminentes cualidades que le adornaban jamás fué un padre de familia celoso y capaz de aumentar su patrimonio, enseñanzas é instrucciones sobre la economía doméstica. Esta consideración y quizá también el recuerdo de Xantipa, explica el por qué Jenofonte apeló al recurso de presentar á Sócrates pidiendo informes á un cierto Iscómaco, de cómo se había conducido éste para adquirir fama de padre de familia prudente, circunspecto y amigo del ahorro.

Más aun que las otras dos obras de Jenofonte de que hemos hablado, parece el *Económico* fiel trasunto del carácter y modo de pensar de su autor; de aquí que no parezca completamente infundada la hipótesis de que este Iscómaco, de quien no se halla mención en ninguna otra parte, no era otro que el mismo Jenofonte; y que en la pintura de una vida conyugal feliz y venturosa que contiene la obra, se vea una descripción de su propio hogar. Es indudable que en toda la obra se advierte una gran frescura de estilo y de pensamiento. Aunque las reglas que el autor da no revelan gran penetración, es en cambio muy interesante la pintura que hace de la esposa griega, tan distinta de los retratos que de la misma acostumbraban hacer los antiguos ¹⁾.

No deja de ser extraño lo mismo el comienzo del *Económico* que el del *Banquete*, pues ambos empiezan de manera que parece como que debían ir enlazados con algún otro escrito que inmediatamente los precediera. Por un dicho de Galeno, médico que en el siglo segundo de la Era cristiana se distinguió por su maravillosa erudición en los más distintos ramos de la ciencia, sabemos que por lo menos en lo que al *Económico* toca, este punto fué discutido y explicado ya en la antigüedad de diversos modos ²⁾. El

¹⁾ Son realmente hermosas las palabras que Iscómaco dirige á su esposa, cap. 7, 42: τὸ δὲ πάντων ἡδίστον, ἐὰν βελτίων ἐμοῦ φανῆς, καὶ ἐμὲ σὸν Δεράποντα ποιήσῃ, καὶ μὴ δέῃ σε φοβεῖσθαι, μὴ προϊούσης τῆς ἡλικίας ἀτιμότερα ἐν τῷ οἴκῳ γένη, ἀλλὰ πιστεύης, ὅτι πρεσβυτέρα γιγνομένη, ὅσῳ ἂν καὶ ἐμοὶ κοινωνῶς καὶ παισὶν οἴκου φύλαξ ἀμείνων γίγνη, τοσούτῳ καὶ τιμιωτέρα ἐν τῷ οἴκῳ ἔσει· τὰ γὰρ καλὰ τε κἀγαθὰ, ἐγὼ ἔφην, οὐ διὰ τὰς ὠραιότητας, ἀλλὰ διὰ τὰς ἀρετὰς εἰς τὸν βίον τοῖς ἀνθρώποις ἐπαύξεται.

²⁾ *Comm. in Hippocr. l. de artic.*, I, 1, t. 18, 1, p. 301 de Kühn: καίτοι τινες εἰς τοσοῦτον ἤκουσι σοφίας ὥστε τοῦ Ξενοφῶντος Οἰκονομικοῦ μνημονεύειν οἰόμενοι μαρτυρεῖν αὐτοῖς ἔδος εἶναι τοῖς παλαιοῖς ἐν ἀρχῇ χρῆσθαι τῷ δὲ συνδέσμῳ, διὰ τοῦτό φασιν ἄρχεσθαι τὸν Ξενοφῶντα τοῦ συγγράμματος οὕτως· „ἤκουσα δὲ ποτε αὐτοῦ, φησί, καὶ περὶ οἰκονομίας τοιάδε μοι διαλεγομένου“, μὴ γινώσκοντες ὅτι τὸ βιβλίον τοῦτο τῶν Σωκρατικῶν ἀπομνημονευμάτων ἐστὶ τὸ ἔσχατον.

mismo Galeno no sólo desecha la interpretación de que el uso toleraba entonces el empleo de una conjunción copulativa al principio de una obra, sino que antes bien estima, como si en realidad fuese ésta cosa fuera de toda duda, que el *Económico* formaba el último libro de las *Memorias de Sócrates*. Mas si esto fuese exacto, cosa parecida debía suceder también con el *Banquete*, el cual comienza de idéntica manera ¹⁾. El hecho con tanta seguridad afirmado por Galeno parece ser, sin embargo, un simple recurso. No sólo no puede negarse que el final de las *Memorias de Sócrates* habría seguido en todo caso á aquellas dos partes, sino que á pesar de todas las semejanzas que entre estas dos producciones existen, no es posible desconocer que media una cierta diferencia entre las *Memorias* y los otros dos trabajos, así por lo que toca al objeto como por lo que respecta al carácter de cada uno de ellos. Por más verosímil que la hipótesis de que para facilitar la mutua y más estrecha conexión de las obras de Jenofonte, introdujéronse en ellas posteriores cambios, tendría yo la opinión de que Jenofonte comenzó de propósito de tan extraña manera ambas obras: lo cual trae á la memoria lo que Diógenes Laercio dice sobre los supuestos diálogos «acéfalos» de Esquines ²⁾.

En unión de las tres mencionadas producciones, y por referirse como ellas á la persona de Sócrates, examinaríamos la *Apología de Sócrates*, si desde ha mucho tiempo no estuviese demostrado que es una obra á todas luces apócrifa ³⁾. En realidad esta obra se compone en lo esencial de máximas y pasajes tomados, ya de las *Memorias*, ya de algunos diálogos de Platon; y en ella el lenguaje, aunque resulta claro el esfuerzo por imitar con la mayor fidelidad posible el estilo de Platon, no está completamente libre de giros que más son propios y característicos de Heródoto ó Tucídides ⁴⁾.

Aunque semejante en la forma, ostenta un carácter perfectamente distinto del de los discursos socráticos, el diálogo intitulado *Hieron*. En conversación natural y sencilla departen el tirano

¹⁾ Dice así: ἀλλ' ἐμοί γε δοκεῖ.

²⁾ Diógenes Laercio, 2, 60: ὧν οἱ μὲν καλούμενοι ἀκέφαλοι σφόδρ' εἰσὶν ἐκλελυμένοι καὶ οὐκ ἐπιφαίνοντες τὴν Σωκρατικὴν εὐτονίαν· οὗς καὶ Πεισίστρατος ὁ Ἐφέσιος ἔλεγε μὴ εἶναι Αἰσχίνου.

³⁾ En este sentido se expresó ya en el siglo pasado Valckenaer.

⁴⁾ Véase Schenkl, *Xenophontische Studien*, cuad. 3, el cual cree que el autor floreció en el siglo II, a. Chr.

de Siracusa celebrado por Píndaro y el poeta Simónides de Ceos, sobre las ventajas é inconvenientes que al soberano ofrece la posesión de su poder ilimitado, y con este motivo Hieron pinta su situación como la más desgraciada y miserable. El principal motivo de su desventura y malestar, es la imposibilidad en que se halla de retirarse á la vida privada; pues para hacerlo no sólo tendría que devolver antes las considerables sumas que recaudara, si no también expiar las muchas penas de prisión que había señalado y sufrir la muerte tantas veces como él la había impuesto á los demás. Simónides, en cambio, ensalza la felicidad del tirano ante todo porque se halla en condiciones de hacer felices á otros, y da á Hieron el consejo, ciertamente peligroso, de que todo aquello que hubiese de despertar odiosidades y rencores lo hiciera ejecutar por otros ¹⁾. Sobre todo, este diálogo, en que el autor se limitó á presentar los dos aspectos bajo los cuales podía verse la cuestión, pero sin deducir conclusión alguna, tiene un sabor marcadamente sofístico. Respecto á las causas que determinaron á Jenofonte á componer esta obra y elegir tal asunto, nada podemos decir con seguridad ²⁾.

La *Ciropeedia* (ἡ Κύρου παιδεία) constituye como el paso de los diálogos filosóficos á los escritos históricos de Jenofonte. Consta esta obra de ocho libros, y si por consideración á su verdadero objeto puede contarse entre las obras filosóficas, en atención á la forma por su autor elegida, los antiguos la colocaron sin más ni más entre las producciones propiamente históricas de Jenofonte.

No sin razon se ha llamado á la *Ciropeedia* novela de tendencias filosóficas, cuyo principal objetivo es la glorificación de la dignidad real con un sabor perfectamente espartano ³⁾. Bajo la forma de una narración histórica, muéstrase de qué manera Ciro, descendiente por su padre y por su madre de regia estirpe, gra-

¹⁾ Cap. 9, 3: ἐφ' ὧν οὖν φημι ἀνδρὶ ἄρχοντι τὸ μὲν τὸν ἀναγκῆς δεόμενον ἄλλοις προστακτέον εἶναι κολάζειν, τὸ δὲ τὰ ἄλλα ἀποδιδόναι δι' αὐτοῦ ποιητέον.

²⁾ No tiene importancia alguna lo que Delbrück, en el *Schrift Xenophon*, Bonn, 1829, p. 93, observa acerca de que fué compuesto con motivo de la exaltación de Jason al trono de Tesalia. Con más motivo pudiera atribuirse al regreso de Dionisio el Joven; pero en todo caso habría que convenir en que Jenofonte no pudo ser su autor.

³⁾ Véase lo que ya Ciceron observa sobre el particular en su *Epist. ad Quint.*, I, I, 8: *Cyrus ille a Xenophonte non ad historiae fidem scriptus, sed ad effigiem iusti imperii, cuius summa gravitas ab illo philosopho cum singulari comitate coniungitur.*

cias á sus dotes naturales y más aun á una educación esmerada, fué fundador y soberano de un gran Imperio. Como los griegos gustaban de encarnar determinadas aptitudes en ciertas personalidades típicas, Ciro fué para ellos el representante de la realeza ideal, al paso que Sardanápalo representaba á sus ojos el más alto grado de crueldad y de infamia á que conducir puede el abuso del poder absoluto y de inmensas riquezas ¹⁾. Según esto, Jenofonte había encontrado ya trazado el retrato de su héroe, sobre todo en la pintura que de él había hecho Antístenes en su diálogo intitulado *Ciro*. Aunque no puede determinarse cuántos de los rasgos y detalles de la *Ciropeidia* han sido tomados de trabajos anteriores, es indudable que para algunas partes de su obra sirvieron de modelo á Jenofonte, Ciro el Joven y aun más Agesilao. Por lo demás, la inventiva del autor se redujo en este trabajo á bien modestos límites; ni pudo dar á su asunto una forma dramática, ni infundir aliento y vida á los personajes que presentaba. No obstante el esmero que puso en trazar caracteres distintos, todos en el fondo son semejantes, con la sola diferencia de que unos son hombres de heróicas virtudes y otros por el contrario rematadamente malos. Estos defectos y sobre todo la falta de interés dramático, están muy débilmente compensados por el indiscutible talento del narrador y por la clara transparencia del estilo. La lectura de la *Ciropeidia*, abstracción hecha de algunos encantadores rasgos de la infancia de Ciro ó del siempre interesante episodio de la desgraciada Pantea, despierta pronto un sentimiento de fastidio y enojo, semejante al que puede producir la famosísima y en cierto tiempo exageradamente admirada imitación de esta obra: *Las aventuras de Telémaco*. Pero aun ha de ser más desfavorable el juicio que sobre ella se pronuncie, si se la compara con la admirable creación de Platon que persigue un fin análogo. En lugar de las ideas y pensamientos sublimes y profundos que en la última se encuentran en tan gran número, sólo se ve en la de Jenofonte una serie de fantásticas imágenes, las cuales inducen á preguntar si el autor, aparte quizá de las máximas y reglas que da sobre cuestiones militares, se proponía algún otro fin práctico: salvo, como es natural, la tendencia ética

¹⁾ Véase Platon, *Menexeno*, p. 239; *Leyes*, 3, p. 693, 694; la carta IV de Platon, p. 320, donde el nombre de Ciro figura al lado de los de Licurgo y Dión; y Aristóteles, *Política*, 5, 10, p. 1310, b, 38.

que resalta siempre en el fondo de la mayoría de sus producciones, y que aparece más claramente que en ninguna otra parte, en los diálogos y discursos que á menudo alternan en la *Ciropeidia* con la narración histórica. No intenta el autor armonizar el pensamiento fundamental de esta obra con las verdaderas ideas de los personajes que en ella intervienen; antes bien pone en sus labios máximas y opiniones como las que hubiera podido formular Sócrates ¹⁾.

Infinitamente más que en la *Ciropeidia*, la cual con todas sus bellas cualidades, no es ni más ni menos que una obra de carácter mixto y ambiguo, descansa la importancia de Jenofonte, como escritor, en la obra destinada á describir la expedición de Ciro el Joven y la retirada de los mercenarios griegos después de la desgraciada batalla de Cunaxa. Hay motivos bastantes para dudar que la *Anabasis* (ἡ Κύρου ἀνάβασις), hoy dividida en siete libros, haya llegado á nosotros en su primitiva forma. Especialmente los sumarios que preceden á todos los libros, á partir del segundo, y en los cuales, excepción hecha del libro sexto, se resume todo lo dicho desde el principio, han despertado la sospecha de que fueron agregados en una distribución posterior de las distintas partes de este trabajo ²⁾. No son, sin embargo, tan importantes estas modificaciones ni otras que quizá se han introducido en ella, que hayan cambiado mucho el carácter de la obra, como ha acontecido en otros escritos muy leídos por los antiguos.

Mucho más difícil es poner perfectamente en claro otros varios puntos. De la descripción que de su residencia de Scillus hace Jenofonte en el libro quinto, dedúcese que la *Anabasis* fué compuesta en una época posterior á la que de otra suerte quizá podría suponerse. Del contexto de este mismo libro parece también inferirse que fué escrito en una época en que el autor se había visto obligado ya á trasladarse á Corinto ³⁾. No podemos en manera alguna determinar las razones que movieron á Jenofonte á dilatar por tanto tiempo la publicación de su obra.

¹⁾ Véase, por ejemplo, el 3, 1, 16. 3, 3, 53. 5, 1, 11.

²⁾ Véase Birt, *Das antike Buchw.*, p. 464 y ss.

³⁾ Véase Schenkl, *Xenophontische Studien*, cuad. 1, p. 635, quien con justo motivo llama la atención sobre los imperfectos ἐποίει y μετείχον, allí usados. De igual suerte el pasaje del libro 6, 6, 9: ἤρχον δὲ τότε πάντων τῶν Ἑλλήνων οἱ Λακεδαιμόνιοι, aunque muy bien pudo ser escrito antes del año 371, acusa una época posterior.

Es en cambio indudable, que circularon antes relaciones escritas de la retirada de los Diez mil. No se sabe á ciencia cierta si Ctesias, cuyo relato de los acontecimientos inmediatamente posteriores á la batalla de Cunaxa menciona Jenofonte ¹⁾, escribió también una narración de la retirada de los Diez mil; pero sí consta que Sofaneto de Estinfalia, á quien se cita á menudo en la *Anabasis* como uno de los caudillos del ejército, consignó sus recuerdos en una obra con el mismo título que la de Jenofonte ²⁾. Verosímilmente este escrito fué el que sirvió de base á la relación de Eforo, utilizada por Diodoro de Sicilia ³⁾. No sugiere menos dificultades la mención que en el libro tercero de sus *Helénicas* hace Jenofonte de una historia de la retirada de los Diez mil, cuyo autor dice ser un siracusano llamado Temistógenes, á quien, por lo demás no se conoce por ningún otro concepto ⁴⁾. Sólo hallándose muy generalizada entre los antiguos, como parece que en realidad sucedió, la opinión de que esta obra de Temistógenes no era ni más ni menos que la del mismo Jenofonte, se comprende cómo ha podido acontecer que no obstante haber salido á luz con un nombre supuesto, en ningún tiempo se hayan suscitado dudas sobre el origen de la *Anabasis* ⁵⁾. De todas suer-

¹⁾ *Anabasis*, I, 8, 26 y ss.

²⁾ Las cuatro citas de esta obra que encontramos en Esteban de Bizancio versan sobre datos geográficos. Véase Müller, *Fragm. hist. gr.*, t. 2, p. 74 y 75. Siendo Sofaneto el más viejo de los estrategos, la publicación de la obra que lleva su nombre no debió ser muy posterior al término de la Retirada. Mas de todas suertes, es cuestionable si la escribió él mismo. Véase Volquardsen, *Untersuchungen über die Quellen der gr. und sic. Geschichten bei Diodor*, lib. XI—XVI, Kiel, 1868, p. 131 y 132. En el capítulo siguiente hablaremos de otro escritor de Estinfalia.

³⁾ Diodoro, I, 19—31.

⁴⁾ *Loc. cit.*, I, 2: ὡς μὲν οὖν Κύρος στρατεύμα τε συνέλεξε καὶ τοῦτ' ἔχων ἀνέβη ἐπὶ τὸν ἀδελφὸν καὶ ὡς ἀπέθανε καὶ ὡς ἐκ τούτου ἀπεσώθησαν οἱ Ἕλληνας ἐπὶ Σαλάτταν, Θεμιστογένει τῷ Συρακοσίῳ γέγραπται.

⁵⁾ Plutarco, *De gloria Athen.*, c. 1: Ξενοφῶν μὲν γὰρ αὐτὸς ἑαυτοῦ γέγονεν ἱστορία, γράψας ἃ ἐστρατήγησε καὶ κατέρρωσε, καὶ Θεμιστογένει περὶ τούτων συντάξαι τὸν Συρακοῦσιον, ἵνα πιστότερος ἢ διηγούμενος ἑαυτὸν ὡς ἄλλον, ἕτερω τῆν τῶν λόγων δόξαν χαριζόμενος. Tzetzes, *Chiliad.*, 7, 930 y ss., refiere toda una novela acerca de la conocida anécdota de Fidias, el cual cedió á su amada, para que aparecieran como obras suyas, dos estatuas modeladas por él:

ταῦτ' οὖν ποιεῖ καὶ Ξενοφῶν τῇ Κύρου Ἀναβάσει:
ἐπέγραψε καὶ οὗτος γὰρ τοῦ ἐρωμένου χάριν,
Κύρου μὲν ἢ Ἀνάβασιν ὑπάρχει, τὸ βιβλίον,
Θεμιστογένους δὲ ἐστὶ τούτου Συρακοῦσιου
κἂν πάλιν ἐπεκράτησε καλεῖσθαι Ξενοφώντος.

tes, para todo lector atento hubiera sido absurda é imposible la más ligera duda; ¿quién si no el mismo Jenofonte habría podido expresar sus más íntimos pensamientos y los más secretos impulsos de su alma, de la manera que los vemos traducidos en innumerables pasajes de la *Anabasis*? Mas sea cualquiera la opinión que se adopte ¹⁾, hay que convenir en que esta inseguridad en punto á una de las obras más leídas por los antiguos, revela bien á las claras cuán frágiles eran los cimientos en que á menudo descansaba entre los griegos la tradición histórico-literaria.

El conocimiento de la *Anabasis* que debo suponer en mis lectores, me releva de examinar más detenidamente el contenido de esta obra. Al que la haya leído, difícilmente habrá dejado de interesarle en gran manera. La variedad del asunto, los atractivos que á menudo ofrece la narración, la gracia de las descripciones unida á los encantos de un estilo sencillo, pero cuya sencillez contribuye á hacerlo aún más agradable: todas estas son cualidades que explican el interés que despierta tan hermosa producción. Conspira á aumentar en gran manera este interés, el tono y colorido general de ella, los cuales inspiran la más completa confianza en la veracidad del autor. Así como en las descripciones militares se revela la experiencia del caudillo, numerosas máximas, sobre todo acumuladas en los discursos, dan á conocer al discípulo de Sócrates. En la narración de los hechos, jamás olvida Jenofonte ciertas ideas y aspiraciones de carácter meramente moral; de tal suerte que aun al informarnos de la conducta de cada uno de los personajes, gusta siempre de exponer también los motivos y consideraciones morales que la ha-

Una cosa parecida se dice de la *Retórica*, cuya paternidad cedió Aristóteles á Teodectes. La fuente común de estas leyendas fué probablemente el poema de Fanocles: Ἐρωτες ἢ καλοί. Suidas en la palabra Θεμιστογένους, dice: Συρακοῦσιος ἱστορικός· Κύρου Ἀνάβασιν, ἣτις ἐν τοῖς Ξενοφώντος φέρεται καὶ ἄλλα τινὰ περὶ τῆς ἑαυτοῦ πατρίδος.

¹⁾ Véase Böckh, *Encycl. und Methodologie der philol. Wissensch.*, p. 327. La hipótesis formulada por Fr. Jacob, *Verm. Schrift.*, vol. 6, en el opúsculo intitulado *Xenophon oder Themistogenes*, p. 60, y á la cual se ha adherido Böckh, según la que Temistógenes era amigo de Jenofonte y le ayudó en la composición de su obra, no favorece mucho á Jenofonte como escritor. Sin embargo de la noticia de Suidas, es muy posible que el nombre de Temistógenes fuese simple invención; si bien parece que al elegirlo debió tenerse en cuenta su significado propio. No es suficiente la opinión de Schenkl, *loc. cit.*, p. 636, según la cual no es ésta sino una mera hipótesis originada por el pasaje de las *Helénicas*.

bían determinado. Es notable, sobre todo si se le compara con Tucídides, la limitación del punto de vista que el autor adopta con respecto á las cosas religiosas. No sólo muéstrase fuertemente arraigada en la conciencia de Jenofonte la creencia en una intervención constante de la divinidad en la suerte de cada individuo, sino que en todas ocasiones aparece clara su fe en la revelación directa, ya por medio de sueños, ya por señales de todo linaje. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el calificativo de «historiador justo» que ha dado á Jenofonte un escritor posterior ¹⁾ está basado ante todo y sobre todo en la *Anabasis*.

La tercera obra histórica de Jenofonte es sus *Helénicas*, las cuales constan de siete libros, y cuyo asunto no es otro que el relato de los sucesos acaecidos desde el año 411, a. Chr., hasta la batalla de Mantinea, año 2 de la 104.^a Olimpiada, 362, a. Chr.; por consecuencia comprende la historia de unos cincuenta años. Es muy extraño que esta obra carezca de introducción, pues sin previas aclaraciones de ningún género continúa el hilo del relato desde el momento mismo en que lo deja Tucídides. En cambio las últimas frases del libro séptimo, revelan bien á las claras el propósito del autor de no pasar de una determinada época, con la cual podía terminar perfecta y naturalmente su trabajo ²⁾.

Aunque es cierto que jamás se ha intentado en serio poner en duda la autenticidad de las *Helénicas* ³⁾, está en cambio muy generalizada la opinión de que la mayoría de los defectos de que hoy adolecen no proceden del mismo Jenofonte; y partiendo de esta base, muchos se han inclinado á creer que las *Helénicas* han sufrido, corriendo el tiempo, importantes modificaciones. Sin embargo, las opiniones están muy divididas en punto al alcance y verdadero carácter de las mismas. En parte, y como suele acontecer en tales casos, estos distintos criterios han nacido de toda una serie de hipótesis que sólo podrían servir de sólida base, si estuvieran plenamente demostradas. No se ha encontrado tampoco vestigio alguno que acredite que la obra de Jenofonte fuese en su origen bajo todos aspectos excelente; ni

¹⁾ Luciano, *Quomodo hist. conscr.*, c. 40: δίκαιος συγγραφεύς.

²⁾ *Helénicas*, lib. 7, 5, 27: ἐμοὶ μὲν δὴ μέχρι τούτου γραφέσθω τὰ δὲ μετὰ ταῦτα ἕως ἄλλω μελήσει.

³⁾ Lobeck, *Soph. Ai.*, verso, 1120: *Antiquorum scriptorum nullus eo verbo usus videtur, praeter Xenophontem, qui dicitur, Hellenicorum conditorem.*

menos se ha logrado dar apariencias de verosimilitud á la opinión de que las *Helénicas* tuvieran en algún tiempo una forma distinta de la que hoy conocemos ¹⁾. Pero no está el menor mal de todas las hipótesis hasta aquí expuestas, en las grandísimas dificultades que suscitan. Si, por ejemplo, partimos de la idea de que las *Helénicas* que hoy poseemos no es sino un simple extracto, habrá que calificarlo de malo y defectuoso. No sólo es difícil concebir cómo hubo quien sin habilidad alguna acometiera tal empresa, sino que es aun menos comprensible que los antiguos se declarasen satisfechos con semejante extracto, cuando el más ligero paralelo con la obra, según se dice incomparable, de Jenofonte, debía poner tan de relieve los defectos de aquél.

No hay para qué ocuparnos en las opiniones en esta hipótesis basadas, ni conduce tampoco á nuestro propósito examinar si en época relativamente posterior se han interpolado ó no en aquella obra una buena serie de datos cronológicos ú observaciones incidentales que rompen la cohesión propia de las diversas partes de la misma ²⁾. Entre los juicios siempre sobrios que acerca de este escrito nos ha trasmitido la antigüedad, no hay ni uno sólo que, como ya arriba hemos indicado, pueda justificar el que se atribuya á las *Helénicas* un mérito sobresaliente en punto á la composición histórica. Lo que Dionisio de Halicarnaso dice de la relación en que se hallaba Jenofonte respecto de sus dos predecesores Heródoto y Tucídides ³⁾, se refiere muchísimo más que á las *Helénicas*, á la *Anabasis* y muy especialmente á la *Ciropeia*. En definitiva, sólo á éstas alude en realidad Dionisio cuando afirma que

¹⁾ No existe prueba alguna de que, como se ha sostenido, Plutarco utilizara las *Helénicas* en su forma más completa.

²⁾ Según una hipótesis de Unger, último escritor que ha tratado esta cuestión, *Die historischen Glosse in Xenophons Hellenika*, SITZUNGSB. DER PHILOS. PHIL. UND HIST. KLASSE DER K. B. AKAD., 1882, cuad. 2.^o, en la Edad Media fué interpolado el texto, utilizando para ello la Crónica de Flegon Traliano, ó, por lo que respecta á la narración 2, 1, 8—9, de Ctesias.

³⁾ *Epist. ad. Cn. Pompei.*, c. 4; véase también *Vet. script.*, 3, 2. Encontramos tratada muy imparcialmente esta cuestión en Hänel, *Besitzen wir Xenophons Geschichte in Auszuge?*, Berlín, 1872. Poco partido puede sacarse de lo que dice Ciceron en su tratado *De Oratore*, 2, 14, 58: *Denique etiam a philosophia profectus princeps Xenophon, Socraticus ille, post ab Aristotele Callisthenes, comes Alexandri scripsit historiam, et hic quidem rhetorico paene more, ille autem superior leniore quodam sono est usus et qui illum impetum oratoris non habeat, vehemens fortasse minus, sed aliquanto tamen est, ut mihi quidem videtur, dulcior.*